

## EL CONTRAGOLPE ANTES QUE EL GOLPE

### Bumedien, en el filo de la navaja

**A**TENCION a Tahar Zbiri, decía TRIUNFO en su número del 16 de diciembre: Tahar Zbiri ha sido ahora acusado por Bumedien de intentar un golpe de estado en Argelia y hacerse con el poder. «Sediento de sangre y aventuras —dice Bumedien en su proclama melodramática, hablando de su enemigo—, atormentado por el demonio de la confusión, quería hacer vivir al

pueblo argelino a la sombra de los cañones y las bayonetas». Es una sombra que el pueblo argelino conoce bien; y el demonio de la confusión es uno de los demonios que gozan de mayor popularidad en el mundo de hoy. Argelia vive en ella desde hace muchos años. Ha realizado al mismo tiempo una guerra nacional de independencia, que le ganó limpiamente a Francia, y una revo-

lución interior. Pero la revolución interior está sin terminar y está, en realidad, sin terminar la independencia de Argelia. Su importancia geográfica, política y militar es de mucho peso como para que no tiendan a influir sobre ella todas las fuerzas de este mundo. Es posible esquematizar los sucesos argelinos por la vieja explicación de que «la revolución devora sus hijos» y, en efecto,

La revolución argelina ha ido devorando a sus hijos. Bumedien ha sido el ejecutor de las últimas depuraciones. Ayer a Ben Bella, hoy a Tahar Zbiri (en el centro)





Bumedien (a la derecha, junto a Ben Bella) ha afirmado su poder con las medidas de represión interior, pero ello no quiere decir, ni mucho menos que haya conseguido eliminar ninguna de las amenazas que pesan sobre él.

la mayor parte de los que un día se llamaron «jefes históricos» han muerto, están en la cárcel, han desaparecido, están exiliados. Otros han emergido. Una revolución es muy comparable a un movimiento geológico; tiene que pasar mucho tiempo antes de que la tierra cese de moverse y adquiera una forma que aparezca como definitiva. Pero el proceso, naturalmente, no es ni puede ser un simple proceso natural. El final del proceso revolucionario en Argelia no es, por ahora, el que idearon quienes lo lanzaron ni el que desea el pueblo argelino. Argelia está en una zona clave del Mediterráneo, es una pieza maestra en el norte de África, pertenece al mundo árabe tan gravemente convulsivo en estos últimos tiempos. No dispone de su destino.

El coronel Bumedien sigue siendo un personaje enigmático. Personalmente ha ayudado mucho a la creación de su propio enigma. «El sueco», como le llamaban sus compañeros de revolución, no sólo por su caballo rojizo, sino por su carácter taciturno, habla poco. Tiene la terrible contención de los violentos. Ha bebido su doctrina en fuentes tan distintas como la universidad islámica de El Cairo y las doctrinas de la política violenta de Franz Fanon, el intelectual que representó para él lo que Régis Debray representó para «Che» Guevara, aunque después se empeñase en concentrar todo el poder de las guerrillas en un ejército popular y se emplease en alejar a todos los intelectuales de izquierda que exaltaban el guerrillerismo: para entonces, Bumedien había dejado de ser el guerrillero que un día desembarcó con nueve hombres en una playa del Oranés para convertirse en ministro de Defensa, en personaje número dos del régimen y, pronto, en personaje número uno, tras la destitución de Ben Bella —pistola en mano, en plena noche—, al que hizo desaparecer. Nunca han quedado suficientemente claros los móviles de Bumedien en

aquel golpe de estado. Prometió, al día siguiente, que Ben Bella sería juzgado públicamente y que en el acto del juicio se conocerían minuciosamente los detalles de sus «crímenes»: esto ocurría en junio de 1965 y aún ahora, dos años y medio después, no se ha celebrado tal juicio, no se conocen los errores de Ben Bella y, lo que humanamente es más grave, nadie ha vuelto a saber nada de Ben Bella. Lo que sí se supo es que gracias a su golpe de estado, la conferencia de países afroasiáticos que debía celebrarse tres semanas después, en presencia de delegaciones de la URSS y China, se suspendió, con tanto alivio para los Estados Unidos que pudo pensarse si Bumedien no había sido, en realidad, un instrumento de la CIA. Probablemente lo fue sin siquiera saberlo, o sospecharlo. Alguien debió inflamar su necesidad de dar un golpe de estado, alguien debió poner en su mano la pistola del odio que apuntaría al pecho de Ben Bella y le eliminaría en la cima máxima de su popularidad. Alguien debió creer que Bumedien destrozaría a Ben Bella, pero que no pasaría mucho tiempo sin que fuese, a su vez, devorado. Los que se llaman «elementos moderados» debían esperar su momento.

En lugar de ello, Bumedien ha ido poco a poco consolidándose, poco a poco inclinándose hacia tesis extremistas. En 1963 había dicho que la revolución argelina «no podía contenerse en sus fronteras» y que sólo podía triunfar si se expandía hacia Marruecos y Túnez. Desde que es jefe de estado, sus palabras han sido más moderadas en ese sentido, pero sus actos han tendido aparentemente hacia ese mismo objetivo, con el resultado de que tanto Túnez como Marruecos —sobre todo Túnez— han cerrado poco a poco sus defensas conservadoras, han puesto su paso al ritmo del de Estados Unidos y han tendido en todo momento a protegerse de Argelia y de su

revolución. Los barcos de armas de los Estados Unidos conocen bien el camino de los puertos de Marruecos y de Túnez; los de la URSS, el de los puertos argelinos. En más de un momento Bumedien ha debido temer el asalto a través de sus fronteras, como respuesta a la exportación de su revolución.

Al mismo tiempo dentro del país y en los círculos argelinos del exilio se ha estado preparando el golpe de estado que debía derribarle. Pero el «demonio de la confusión» es un demonio muy argelino, y la oposición está muy diversificada. Hay una «Organización clandestina revolucionaria de Argelia» (O. C. R. A.) a la que pertenecían un ministro en ejercicio, Bachir Bumaza, de Información, y un ex ministro de Agricultura, Mahsas; los dos, en un momento determinado, pasaron a la rebelión abierta marchándose al extranjero y haciendo declaraciones. Más tarde les seguiría el dirigente sindicalista Sliman Rebba, el director general de prensa, Belasus, y un diputado de Argel. Cuatro partidos se forman en el exilio; los cuatro, enemigos entre sí. Además, había un cierto número de personalidades llamadas independientes, o sin partido, que se consideraban herederos de Ben Bella y aspiraban, simplemente, al reconocimiento de su capacidad de árbitros por parte de la oposición. El más importante de todos ellos era Mohammed Jidder; y Jidder fue asesinado en Madrid, en circunstancias jamás esclarecidas para el público, el 3 de enero de 1967.

La crisis de Palestina fue el momento que Bumedien eligió para insistir en sus posiciones extremas, y lo demostró con su viaje a Moscú para pedir mayor ayuda y para denunciar los peligros de la coexistencia pacífica para los países subdesarrollados. La doctrina de Bumedien, explicada por él y por sus ministros, es la de que mientras la URSS tiende a coexistir «por arriba» con los Estados Unidos, éstos siguen «devorando países», lo cual no sólo destroza las posibilidades de éstos, sino que, además, anula el carácter positivo que podría tener para la URSS su coexistencia, puesto que le priva de sus mejores aliados. Bumedien con estas gestiones y estas declaraciones estaba clara y prácticamente pidiendo auxilio y dando una voz de alarma sobre el futuro de su régimen.

Apenas han pasado cinco meses cuando su régimen, en efecto, se ha visto directamente amenazado, no por una guerra exterior procedente de Marruecos o de Túnez, sino por un movimiento interior, el del coronel Zbiri. Es muy posible y muy lícito pensar que Bumedien, consciente del desafío de Zbiri —que no ha ocultado su desafío— no ha esperado el intento del golpe de estado para contrarrestarlo, sino que se ha adelantado él a los acontecimientos y se ha precipitado sobre sus enemigos para atacarles antes de que éstos pudiesen actuar. Es decir, que el contragolpe ha precedido al golpe. El primer movimiento de Bumedien fue nombrar como secretario general del partido (F. L. N.) al Kaïd Ahmed, el cual no es otro que el antiguo coronel Ben Sliman. El segundo, la acusación de rebeldía y la depuración de «ciertos elementos» del ejército, la depuración no debe haber terminado, puesto que todas las salidas de Argelia están estrictamente cerradas, en el momento de cerrar esta edición, para los naturales del país, aunque se deja salir y entrar a los extranjeros.

Bumedien, con estas medidas, ha prorrogado y consolidado su régimen, pero no ha firmado ninguna clase de seguro para el porvenir. Las mismas terribles amenazas pesan sobre él.